

Miguel Tapia

*Del famoso y nunca igualado
corrido del Quicón Uriate*



Ediciones Era



*Y tanto el vencedor es más honrado
cuanto más el vencido es reputado.*

Alonso de Ercilla

Qué bonitos son los hombres.

Santos Covarrubias

No sabe nadie el alma de nadie.

Miguel de Cervantes

I

Por allá del rumbo de La Noria, en un rincón que nadie recuerda porque a nadie le conviene acordarse, vivía un serrano grande y feo, callado y fuerte como se debe, de los de hombro ancho y nalga plana, barriga sobre el cinto y el paso atrabancado del que sólo sabe ir padelante. Le decían Quicón por llamarse Enrique y era de los Uriate de Cuescamula. Entre ellos aprendió a trabajar la tierra dura, a talar el pinerío rejego y a no dejarse marear por la labia de los foráneos, vinieran del valle o de más arriba, de este lado o del otro, de paisa, de azul o de verde.

Quinto de trece hermanos, güero de ojos como la Juana y toско y prieto como el Melchor, era dado a la parranda y al silencio, a la madrugada de sotol y pitos siempre que hubiera sayo con quien torearla. Tenía una mano que abarcaba la jeta de cualquiera y una trompada que a falta de tino tenía efecto: nadie se levantaba a recibir la segunda. Y así como era franca la gaznatada era también sincero el bato, derecho como balazo y más pronto a hacer un ridículo que a dejar abajo a un amigo. Aunque asunto muy otro era entender cómo repartía el Quicón sus amistades. No pocos de los muertos que se le achacan se supieron en un tiempo sus valedores, y ya ven.

No tenía el Quicón razones de inquietarse. Vítuallas y tierras no le faltaban, allegados tampoco. Novia fija no ostentaba, cuanto y más hijos acatados. Aunque era sabido que a las chamacas del rumbo no les era indiferente, con su aire de ondeado y su pasito manso pero seguro. Matalascallando como el abuelo, decía la Juana, y de eso ella harto conocía pues, tras la muerte del viejo, de todo rincón de la sierra le habían salido

hermanos medios y hasta enteros, supuestos parientes atizados por el tamaño del rancho que el abuelo dejaba, y a quienes la buena doña fue corriendo a punta de escopeta sin necesidad de recurrir a ninguno de sus trece muchachos. Pero al Quicón, fuera de uno que otro berrinche de abandonada, no se le conocían más escándalos de amoríos, para empezar porque él mismo, contra la costumbre entre los serranos de la camada, se guardaba de pregonarlos.

Al valle no bajaba porque allá nada se le había perdido, según decía, y a eso se aferraba por más que parientes y valedores le ensalivaran la borrachera con cuentos de chamacas, de bailes y de fajos verdes a puños, y le ofrecieran llevarlo en las trocas llantonas en que regresaban para que viera con ojos propios de lo que se estaba perdiendo. A lo más que llegaba su curiosidad era a preguntar por los músicos que allá abajo se escuchaban, pero ahí también terminaba terciando la mirada, decepcionado, pues a lo mucho le mentaban los mismos grupos y cantores que él podía ver con sólo bajar al pueblo, lo que hacía cada que se le antojaba, solo o en compañía de alguno de sus primos o compadres, que nunca faltaban en torno al rancho.

Se dejaba ver el Quicón por la plaza de La Noria acompañado de su valedor de turno, amén de dos o tres chamacas enfestadas, cada tanto. Bebían y sacaban a las morras risitas quedas, las zarandeaban con quebrados a la tío Cacho, el bailarín más reata de Cuescamula, taconeando el empedrado sin apenas dar a ver un cuarto de sonrisa, esquivos y atentos como tecolotes borrachos. Invitaban tragos, repartían palmadas y reían con gana las ocurrencias. Y así seguían hasta la madrugada alta, hubiera en la plaza pleitos o amoríos, antes de volver entre tumbos al rancho, en largas caminatas por el monte que mataban la tomada. Sólo el café de la Juana y la siesta que ella les permitía tras las primeras horas de faena, les devolvían el brío y, con él, las ganas de repetirla.

Pero lo que secretamente ocupaba al Quicón en los días de trajín, en los bailes y en los sotoles de la fogata, eran las canciones que aquí y allá iba escuchando, una y otra vez, y que grababa en la memoria como si de tesoros irrepetibles se tratara. Se le figuraba que en esos corridos había una razón audible sólo para él, y que ese don de gozarlos escondía un secreto único que con el tiempo terminaría por revelarse. Se trataba en ocasiones de historias que ya conocía de oídas, y el misterio se concentraba entonces en cómo, al escucharlas cantadas, adquirirían esa dimensión infalible de verdad revelada.

II

En un par de ocasiones se atrevió el Quicón a probar, en secreto, como si fuera una chamaquita aún tierna, la guitarra arrumbada en el cuarto de los muebles, pero sus dedos demasiado toscos le habían hecho renunciar a ella. Se limitó entonces a envidiar en silencio las manos gráciles e inútiles del Pedro, quien se unía al trago cuando lograba escapar a su señora y, ante el fuego, acompañaba con su lira todos aquellos versos con una facilidad que parecía irreal y, de todas formas, inmerecida.

Para remediar la frustración, el Quicón se refugiaba en las historias. Se las sabía todas al dedillo, aun si nunca las entonaba, pues peor aún que sus manos tías era su voz de urraca, chillona y garrosa, como si en el vientre de su madre hubiera malgastado la gestación llorando sin pausa desventuras por venir y, al nacer, no le quedara por voz más que ese maullido seco y arrastrado.

De todo esto, a nadie una palabra. Silencio por remedio y defensa. Ya era de por sí callado el Quicón por gana y por herencia, súmele la carrilla que en esos lares se guardaba a quien incline, así sea un poco, la nariz hacia cualquier interés que no sea la talacha del campo o, de plano, la huevonada. A cambio de esto saciaba la afición coleccionando en mente y cuerpo cada una de aquellas historias con todo y quiebres, y las repetía en silencio para sí mismo con tanta devoción que le parecía que él mismo las había escrito o, contimás, que era de él de quien hablaban.

Con las idas y vueltas los primos llevaban hasta allá arriba discos y casetes para la Juana, registros que el Quicón nunca usaba para no robarle la distracción a la Doña, pero que a la segunda

vez de escucharlos desde el patio podía ya repetir sin yerro. Esperaba un par de semanas, por prudencia, antes de pedirle al Pedro que cantara aquellas novedades en la fogata, a lo que éste accedía aun cuando era necesario soplarle cada tanto la letra que él, baquetón y borracho, era incapaz de retener. Esto exasperaba al Quicote —uno más de sus motes—, que sólo pretendía escuchar las historias de un tirón, sin pausas ni rodeos ni versos inventados, para mejor imaginar, contra la imagen de la flama bailarina, aquellas escenas sucediendo ante él.

Su rostro de membrillo, duro y callado, permanecía entonces ausente. Y si alguien se atrevía a señalar, quizás algo burlón, su afición o su memoria en estos menesteres, tendía la mirada sobre el fuego y con el mero peso de su silencio acallaba toda alegata. Por la tradición de su familia, pero también porque era un bato imprevisible, lo más prudente era no enfadar al Quicón, o es lo que se decía la raza. Y, como se vio más tarde, razón no les faltaba.

Mientras tanto lo que en verdad ocupaba las ansias del Quicote, su disfrute secreto, no hacía más que crecer. Se repetía las canciones a sí mismo sin permitirse tararearlas, y disfrutaba las historias en rima que traían a su imaginación tipos bragados y entrones, paisanos y compas casi, a quienes frecuentaba con la memoria durante la faena en el rancho, y a quienes echaba de menos cuando en la fogata faltaba quien rascara la lira. Primos y hermanos y amigos se le iban yendo, al valle o más lejos, lo abandonaban aunque volvieran porque venían cambiados, pero él de a poco iba conociendo y acumulando a los nuevos valedores que habitaban los corridos y que, encima de más bravos, eran más de fiar.

Atesoraba como un miembro adicional las tradicionales de Los Alegres, Los Cadetes o los mismísimos Relámpagos. Pero había también los más recientes, Los Bravos o Los Invasores, e incluso músicos nuevos que lo sorprendían en las fiestas del

rumbo con historias que jamás había escuchado. Los Tucanes, Los Tigres, el Chalino y otros muchos, la lista daba para no irse a dormir ya nunca.

A tal punto llegó el deleite del Quicón ante estos prodigios, y tanto se asentó en su mente que todas aquellas historias eran las más ciertas del mundo, que comenzó a dedicar la mayor parte de sus horas francas, que para disgusto de la Juana eran cada vez más, a recorrer los bailes y las cantinas aledañas en busca de nuevos corridos que después se repetía una y otra vez, hasta conocerles los entresijos. Y así, de tanto recrear corridos más y más cruentos sobre el telón de la hoguera y de tanto perder compinches que se le iban al valle como el agua de las trombas, al Quicón se le secó el cerebro de manera que vino a deschavetarse por completo.

Comenzó a pensar en poco o nada que no fueran las aventuras que los chirrines de la región entonaban sin tregua y que un día se alzarían a su propia gloria. Se fue quedando en silencio ante el fuego y nadie sospechó nada hasta el día en que, temprano por la mañana, la Juana se hartó de buscarlo por todo el rancho y, como si confirmara una sospecha tan vieja que se le había ya acedado en el olvido, cayó en cuenta de que algo en el juicio de su último hijo a mano se había de plano despeñado. Salió al patio con la prisa que aún podía permitirse e instruyó a su nieto el Julián que fuera volando a buscar al primo Socho. Fue luego al armario intocable para comprobar que el Quicón se había llevado el sombrero del Melchor, ese que de niño se quedaba mirando sin atreverse a tocarlo, como esperando que bajo el ala enorme reapareciera el padre muerto. La Juana tomó el teléfono celular que su hijo mayor había dejado para las emergencias, pero, como había sospechado, no logró hacerlo funcionar.

Cuando el Socho llegó, con el cabello hecho una plasta y la baba aún seca en la mejilla, ella lo puso al tanto y lo mandó en busca de su muchacho que no debía andar lejos. Una vez

sola, volvió al armario y sacó las dos escopetas del Melchor. Las limpió y aceitó como su marido le había mostrado. Se cargó el delantal de municiones y se internó en el monte a practicar puntería sobre los pinos. Sin más varón en casa, mejor desempolvar el hombro cuanto antes. Los fognazos retumbaron en la sierra sin más agua va, pero su ritmo y contundencia hicieron entender a todos que no había allí agarrón alguno, sino uno más de los lentos dramas familiares que ritmaban el tiempo en la sierra mejor que los mismos años.

Pronto la noticia llegó hasta las cimas más abruptas: el Quicón Uriate se había vuelto loco y se había ido a hacer camino solo.

III

El Quicón Uriate tenía once años cuando su padre, un hombre tieso y sin reveses como abundan en la Sierra Madre, salió de casa a encarar a unos hombres que exigían demasiado por un par de mulas extraviadas. El chamaco, junto con dos de sus hermanos, vio cómo los hombres maltrataban a su padre y cómo, antes de que ellos llegaran corriendo hasta el lugar, le metían tres tiros que acabaron con el buen Melchor en menos de diez minutos.

Esos minutos el Melchor los aprovechó para tomar la mano a sus niños desde el suelo, sonriéndoles duramente y diciéndoles que aquello eran cosas de la vida, que no debían tener miedo, mientras la Juana corría como loca buscando ungüentos y ayuda, que finalmente llegó, pero tarde. El Socho bajó de su casa con sus padres, encontró en el patio de los primos un corro de parientes callados en torno al cuerpo tirado boca arriba, el enorme sombrero sobre el rostro como si el tío sólo durmiera la siesta. El mismo sombrero que desde aquel día había descansado en el cuarto de los muebles de la Juana y que ahora el Quicón traía puesto, mientras bajaba las laderas de la sierra, como si esa fuera su costumbre desde siempre.

Fue gracias al enorme sombrero de ala ancha que el Socho pudo ubicarlo a la distancia entre los huizaches, aunque historia muy otra fue el poder darle alcance. El cebo reunido en su trinchera de diplomado y administrador del rancho le impedía las bravatas de antaño. Cuando por fin lo tuvo al alcance, entre bocanadas logró el Socho gritarle:

—¡Eh, Quicón, amáinala! ¿Pa dónde con tanta prisa?

Con la precipitación final, el primo dio un paso más largo de

lo debido y resbaló en la grava reseca de la pendiente. Su cuerpo vibró al deslizarse y terminó impactado en el pecho del Quicón, que se había girado para atender el llamado, y quien logró apuntalarse a tiempo para no caer a tierra en un ridículo abrazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el Quicón cuando recuperó el equilibrio.

—Me mandó la Juana, ¿tú qué crees? ¿O te piensas que a mí me gusta bajar la sierra en calzones por mero deporte?

El Quicón comprobó que, en efecto, el Socho vestía los calzones largos que su mujer le había hecho traer de Tucson y que no se quitaba mientras estaba en casa, que era la mayor parte del tiempo, pero decidió que aquello carecía de importancia.

—¿Y para qué te manda, mi madre? Ándale, dame lo que me traes porque tengo prisa.

—Que venga a ver qué mosca te picó, eso manda la Juana. Y no traigo nada, como puedes ver. Para venir a romperse la jeta en la ladera no hace falta más que una orden disparatada y un tarugo que la acate.

—Dile a mi madre que tuve que salir, que luego regreso. ¿Para qué tanto argüende?

—Lo mismo me pregunto yo. Pero olvídate de tu madre: ¿Me quieres explicar a mí a dónde jijos vas a pata y con morral?

—A buscar mi corrido, Socho. Ahí tienes. Ahora regrésate y no le digas nada a nadie.

El Socho era huevón, pero no tonto. Se esforzó en contener la sorpresa por miedo a espolear el desatino de su primo y, tras tenerlo un rato en la mira de sus ojillos vivos, aventuró:

—¿Y hasta dónde vas?

—Donde haga falta.

—Pues si pasas por el pueblo, voy contigo. Ya casi nos quedamos sin café y hasta una nueva talega me anda faltando.

Y se echó a andar ladera abajo. El Quicón, algo sorprendido

en un inicio, lo adelantó enseguida y se puso a la cabeza del diminuto éxodo, marcando así su determinación de independencia.

Mientras descendían, el Socho aprovechó el silencio escamado que ambos guardaban para imaginar qué le pasaba al primo por la mollera. Cosa difícil pues, aun siendo pariente cercano, no podía aventurar ninguna razón al disparate que presenciaba. Fue el Quicón mismo quien primero se aburrió de caminar como si fuera solo.

—Mi Socho, no deberías andar por ahí con esos calzones, no son de buen ver, y ya se sabe que la pinta es importante en la valoración que se hace de los hombres.

—Ni que lo digas, yo más que nadie quisiera estar en mi casa, trabajando mis cuadernos con mi café de olla a un lado en lugar de pasarme por la sierra en paños menores. Pero qué quieres, cuando a uno lo llaman con urgencia, no se detiene a pensar en esos detalles.

—Lo siento, pero yo no puedo entrar al pueblo contigo vestido así.

El Socho le clavó la mirada pequeña y veloz, menos ofendido que extrañado, y se dijo que podía quizás aprovechar la ocasión.

—Bueno, pues entra solo, ve en que la Cornelia y pídele unos pantalones fiados, ella siempre tiene fayuca. Unos Levis del 38, dile, y que mi madre se los paga la próxima vez que baje. Luego seguimos juntos.

—Se los voy a pagar yo mismo, Socho —dijo el Quicón, magnánimo—. Por un compa, lo que sea, ¿me oíste?

—Gracias, Quicón, pero de verdad que no hace falta. Tú nomás dile así, que doña Gertrudis se los paga y que...

—Cállate, Socho, y déjame adelantarme porque ahí se ven ya las primeras casas del pueblo. Cualquiera tarugo de esos puede vernos juntos en esta condición y armar un chismorreo, de puro aburridos que viven.

IV

No había el Quicón alcanzado la plazuela central, que debía cruzar para llegar en que la Cornelia, cuando paró la oreja, atento al ririneo de una guitarra. No tardó mucho en devisar al chirrín sentado sobre una coacola volteada, ahogado en la resolana de un arriate y algo afónico, batallando con el corrido de la Rosita Álvarez, que se quejaba más lastimosa que de costumbre. Con todo, al Quicón le cuadró aquel estilo por auténtico y amainó el paso, atento a los giros del canto casi automático del chirrín. Éste, justo cuando Rosita se disponía a darle cuenta al Creador, cayó sobre la mirada atrabancada del Quicote y, no acostumbrado a tales atenciones, se le quedó mirando hasta que el final de la pieza, un poco apresurado, le permitió resollar un poco. Apenas pudo, el compa saludó inclinando el sombrero.

—Buenas, amigo —dijo el Quicote—. Tiene usted buena sangre detrás de esa voz, se nota a leguas.

—A la orden, patrón, cuando se le ofrezca.

—Dígame, ¿usted escribe corridos?

La pregunta terminó de destantear al buen guitarrero quien, luego de considerar si se estaban o no burlando de él, decidió reírse mirando pabajo y, paseando luego la mirada por la plaza desierta, respondió:

—Verá usted, patrón, no somos compositores pero sí somos de estima. ¿Corridos como pa quién o qué?

—Ése no es el asunto ahora, nomás necesito encontrar a alguien que pueda hacer corridos, y buenos, aunque el asunto para componerlos va a estar tan macizo que poca gracia le hará falta al que se anime.

—Más que la gracia, que le juro que la tengo y menos flaca que la de cualquier otro del rumbo, lo que me andaría faltando es con qué llenarle la barriga, patrón. Cuando la háigamos llenado, verá cómo a mi vieja le salen corridos hasta por las mancuernas —dijo dando un par de palmadas sobre el lomo cuarteado del instrumento.

—Cuídela bien, pues, no sea que se nos desvencije antes de que a usted lleguen las nuevas que van a inspirar sus éxitos, y déjeme a mí lo de traer con qué llenarle la panza, no una ni dos sino cien veces, apenas pueda yo regresar aquí habiendo hecho lo que tengo que hacer y bien entonado de sotoles.

—¿Pues qué tanto tiene que ir a hacer, oiga? Si trae la inspiración y los sotoles suéltelos de una vez y de aquí a antes que caiga la tarde ya le tengo su corrido bien oído con redova y todo, el mejor que se haiga escuchado en todo este lado de las encinas.

—De este y del otro, pues, no se me sea tan achicado. Pero tenga paciencia, que pronto tendrá materia para avanzar con su asunto y aquí me verá de nuevo más rápido de lo que se dice Mejía te habla tu tía. Póngase nomás abusado a las noticias que vendrán sobre el Quicón Uriate, que ansina me llamo y me apellido, y a ese nombre habrá que hacer el corrido, aunque le puede poner como antetítulo el que quiera, que para eso será usted el autor. Y ahora, si me permite, tengo que acudir a un asunto pendiente, pero por aquí nos volveremos a topar y seguro que para entonces ya tendrá usted una que otra melodía para entonar. ¡Áila, amigo!

Y tras decir esto se dirigió el Quicote a completar su mandato sin más dilación. El Socho, por su lado, tras ver cómo su primo se adentraba en el pueblo, se sentó sobre una roca elevada a la sombra de dos huizaches. Desde allí podía vigilar si alguien subía por el camino hacia el monte, cuestión nunca imprudente por esos lares. Esperó un rato largo, durante el cual descansó y quizá incluso durmió acurrucado entre la pie-

dra y el tronco, hasta que el graznido de un cuervo lo sacó del sopor con la certeza de que el Quicón ya se estaba tardando. Dudaba si adentrarse en el caserío así vestido como estaba o agarrarse a buscar a su primo a grito pelón desde lo alto de los huizaches cuando, por el camino que salía del pueblo, vio acercarse a dos chamacos que acarreaban con desgana unos bártulos.

—Eh, morros, ¿no vieron por ahí en el pueblo a un compa grandote y con un morral de saco en el lomo?

Los interpelados se le quedaron mirando, serios primero, y luego, conforme iban entendiendo que lo que vestía aquel panzón no eran vaqueros rotos ni chaparreras deslavadas sino los calzones más largos que hubieran visto nunca, comenzaron a reírse y pronto a carcajearse con todas sus ganas, y sus risotadas resonaban en las piedras del cerro y rebotaban hasta el interior del pueblo con tanta claridad en mitad de la mañana que al Socho, tan poco habituado a tales tratos y tan muy hecho a zapear a cuanto sobrino se le atravesara en las idas y vueltas del rancho, se le hizo muy fácil dar dos pasos al frente y tender la mano sobre la nuca prieta del primero de los que así lo cabuleaban. No lo hubiera hecho, desde luego, de haber imaginado un segundo lo que aquello habría de provocar, porque fue apenas ver la mano en el aire y el segundo de los morros soltar el bote oxidado que cargaba con una mano para levantar la vara larga y delgada que arrastraba con la otra. El varazo cayó junto con el primer puntapié del prieto zapeado y a éstos les siguieron muchos más, en medio de una danza entre el polvo y alrededor del cuerpo bofo del Socho que, enchilado, tendía la mano a diestra y siniestra sin poder alcanzar las greñas de ninguno de los dos escuincles.

—¡Ora plebes cabrones! —se escuchó de pronto tras los huizaches.

En el acto los dos chamacos huyeron monte arriba, cui-

dándose eso sí de recoger el bote y los pocos enseres que de él habían caído en la refriega. Cuando la nube de polvo se disipó un poco, el Socho pudo ver ante él al Quicón, mirándolo con los brazos en jarras y un gesto de quihubo en la mirada.

—No es pleiteando con mocosos que nos vamos a ganar los corridos, mi Socho.

Éste, que estaba azotado y sucio, además de fodongo en el calzón rayado de chicotazos, no entendió el reclamo y, tras agacharse a recoger el sombrero, tomó el paquete que su primo le tendía. Era un cambio completo de pantalón y camisa a cuadros, paliacate y cinto de hebilla gruesa, todo nuevecito y fayukeado. El Socho agradeció y se vistió en silencio. Ya aprestado y de mejor talante, entendió el gesto de cabeza con que el Quicón lo invitaba a bajar al pueblo. Aceptó porque las tripas le crujían y porque sabía que, a esa hora, todavía se podía encontrar un buen plato de reparador menudo frente a la cantina de la plaza.